

“Los Caciques Suicidas” y la cosmopercepción andina en Ricardo Palma

Por José Luis Ayala Olazával

Cronista, poeta, ensayista y narrador. Estudió en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y en la Ecole Pratique des Hautes Studies de París.

Ricardo Palma sostenía una nutrida correspondencia con diversos amigos que vivían al interior del Perú, pero además recibía constantemente a muchas personas que lo visitaban para recibir versiones literarias orales e incorporarlas a sus textos. De allí que sea posible imaginar que esta tradición, le haya sido relatada por una persona que vivió en Huarochirí. El relato ese breve pero está alimentado de una gran riqueza que corresponde a la cosmopercepción andina. En efecto la tradición se titula: “Los caciques suicidas”, cuyo texto es el siguiente:

La provincia de Cotac-pampas (llano de mineros) estaba en los tiempos del último inca dividida en dos cacicazgos, cuyos límites marcaba la cordillera de Acca-cata.

El más importante de los cacicazgos era conocido con el nombre de Yanahuara, y su vecino con el de Cotaneras. Aún existen, en ruinas, los dos palacios que habitaron los respectivos señores feudales.

El cacique de Yanahuara tenía ya reunida inmensa cantidad de oro para contribuir al rescate de Atahualpa, cuando recibió la noticia de que los españoles habían dado muerte al soberano.

El cacique mandó construir entonces una escalera de piedra, que le sirvió para transportar el tesoro a la empinada cueva de Pitic; luego hizo destruir la escalera y se enterró vivo en aquella inaccesible altura.

Los naturales agregan que en ciertos aniversarios fúnebres se ve, en medio de las tinieblas de la noche, un ligero resplandor, que para ellos representa el espíritu de su cacique vagando en el espacio.

En la época de los Incas se sacaba mucho oro de los terrenos auríferos de Cotac-pampas, y aún es fama que en 1640 trabajaban cuatro portugueses la mina Hierba una con pingüe provecho. Una noche armóse entre ellos grave pendencia, recurrieron a las armas, murieron tres, acudió la justicia, y el portugués que quedó con vida, para no caer preso, acercó la lámpara a un barril de pólvora, cuya explosión ocasionó el derrumbe de la mina.

En el primer año de la fundación de Lima, dispuso don Francisco Pizarro que se trajesen en trailla indios de los alrededores de la ciudad para que sirviesen de albañiles.

El cacique de Huansa y Carampoma se negó tenazmente a cumplir una orden que humillaba la dignidad de los suyos; y en la imposibilidad de oponer resistencia al despótico mandato prefirió, a ser testigo del envilecimiento de sus súbditos, enterrarse en una cueva, cuya boca hizo cubrir con una gran piedra labrada.

Hoy mismo, siempre que los indios de la provincia de Huarochirí celebran sus fiestas, llevan flores y provisiones que colocan sobre dicha piedra, y consideran el nombre del cacique como el de un genio protector de la comarca.

Esta tradición de Ricardo Palma se inscribe sin duda alguna, dentro de la cosmología, la dialéctica y etnología del mundo andino, específicamente en referencia a la Nación aymara. La española palabra *Cotabambas* tiene su origen en la lengua

aymara: *qucha pampa*, significa “pampa de las lagunas”, se asemeja mucho a la palabra *Cochabamba* (Bolivia) o sea *qucha bamba* que se traduce como “lugar de las lagunas”. La provincia de *Cotabambas* como se sabe, viene a ser una de las siete provincias del departamento de Apurímac. Limita al Norte, al Este y al Sur con el Departamento de Cusco, y al Oeste con las provincias de Abancay, Grau y *Antabamba*.

Después de realizar un adecuado mapeo y revisión de la historia de Huarochirí, se puede afirmar que no hubo una provincia llamada *Cotabambas* en esa parte del territorio andino. Lo que pudo haber sucedido es que Ricardo Palma tomó el relato oral tal como se lo narraron, pero es un dato irrelevante en relación a la significación que tiene el relato en referencia a la cosmopercepción andina actual. Igual sucede con los nombres de los lugares *Yanahuara* y *Cotaneras*; esos sitios no existen ni existieron en Huarochirí.

Huarochirí como ciudad fue fundada por los españoles entre los años 1,540 a 1,555 con el nombre de Santa María Jesús de Huarochirí. Fue un vasto territorio ocupado por ancestrales culturas andinas que han sido debidamente estudiadas. Así, en las alturas de la sub cuenca del Chilca se han encontrado restos de ocupación humana en las cuevas correspondientes a la era del pre cerámico andino, hallazgo hecho en el cerro de Tres cuevas, cerca a los 4,000 m.s.n.m.

Este espacio fue muy importante por ser una zona de tránsito hacia el santuario de *Pachacamac*, ruta de peregrinaciones religiosas y que en la cosmopercepción andina incorporó a muchos *apus*, *waqas* y *pakarinas* tutelares que existen en las alturas de esa provincia. Uno de los *apus* más conocidos e importantes es el *apu pariaqaqa*. Basta leer el texto de la narración quechua recogida por Francisco de Ávila en 1598 y traducida como “Dioses y hombre de Huarochirí”, por José

María Arguedas, así como el trabajo de Gerald Taylor titulado: “Ritos y tradiciones de Huarochirí del siglo XVII”.

Huarochirí estaba dividido en cuatro ayllus llamados *Cajahuman*, *Cushpampa*, *Hualashcutu* y *Chuycutu* con sus respectivos territorios delimitados y caciques. Durante el incanato, Huarochirí fue parte de los *Ana yauyos* que fue invadido por *Pachacutec*. La leyenda relata que cuando el inca cusqueño llegó a la zona sintió tanto frío que pidió más abrigo. *Huarochirí* entonces proviene de dos voces quechuas: *Huaru*, que significa falda o ropa, y *ch'iri* que significa frío.

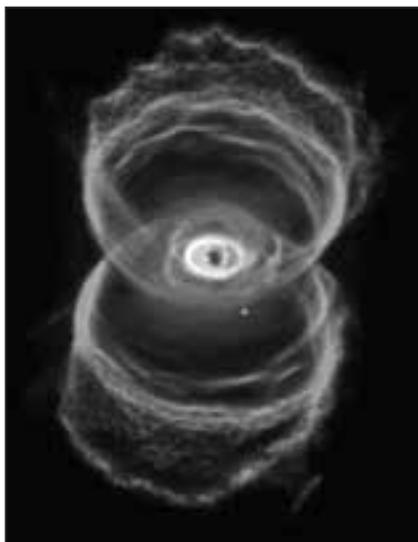
Más allá de estas escuetas referencias históricas, la tradición de Ricardo Palma en su texto “Los caciques suicidas”, relata que el cacique de *Yahahuara* reunió una gran cantidad de oro para el rescate de Atahualpa. Pero al saber que el inca había sido asesinado por los españoles mandó construir una escalera hasta alcanzar una cueva situada en el empinado cerro *Pitic*. Una vez reunido todo el oro, se hizo tapiar vivo y ordenó la destrucción de la escalera de acceso.

Después de la invasión europea y luego de que los españoles impusieron la colonización del Perú, sucedió que Francisco Pizarro ordenó que se trajeran a todos los hombre para que sirvieran de albañiles en la construcción de Lima. Frente a este hecho –reiteramos– Ricardo Palma escribe: “El cacique de *Huansa* y *Carampoma* se negó tenazmente a cumplir una orden que humillaba la dignidad de los suyos; y en la imposibilidad de oponer resistencia al despótico mandato prefirió, a ser testigo del envilecimiento de sus súbditos, enterrarse en una cueva, cuya boca hizo cubrir con una gran piedra labrada”.

Estos hechos tienen, efectivamente, la connotación de suicidios o sacrificios; vienen a ser acciones censurables como aberrantes, desde el punto de vista ético, moral y religioso para el mundo

occidental. En cambio para el universo andino y desde la cosmopercepción no tienen la misma significación. En primer lugar hay que decir que el llamado cerro *Pitic* es un *apu* protector de los habitantes de la zona y la cueva es una puerta de entrada a sus entrañas o al inframundo donde habitan los muertos que todavía viven y no morirán nunca.

De allí la necesidad de señalar que hay varias clases de *apus*, *pakarinas*, *achachilas* y *waqas*, que pueden ser mayores y menores. Los más importantes *apus* actuales son el *apu Awsangati*, el *apu Pitusiray*, el poderoso *apu Mallmanya*, el *Yanahuara* y el *apu Qotanira*. Como es sabido, en el Perú, cada pueblo y comunidad tiene sus propios *apus* que están vivos, determinan la conducta y valores de los habitantes que viven en sus alrededores o bajo la influencia que ejercen, determinan las fiestas, el calendario agrícola, la rotación de los cultivos, las grandes faenas agrarias, etc.



El cosmo nos vigila.

De acuerdo a la cosmopercepción andina, el universo está dividido en *alaj pacha*, *aka pacha* y *manqa pacha* en la Nación aymara; en *janaq pacha*, *kay pacha* y *ukhu pacha* en el universo quechua. Es decir, el mundo de arriba, el mundo de la realidad efímera y cotidiana y el mundo de abajo. Una vez muerta la persona el *ajayu*, es decir el alma o espíritu, hace un viaje astral para llegar al lugar que le corresponde, de acuerdo a la conducta que haya observado y a la conciencia social. Los quechuas y aymaras tenemos tres almas. Al alma principal se le llama *ajayu*, al alma medio se le llama *kuraji* y a la menor se le llama *animu* o ánimo.

Por eso es que se manda a decir tres misas: al año, cuando el alma regresa a la casa; a los dos años, cuando regresa a la comunidad; y a los cinco –que se llama despacho– para que se convierta en aire, agua, semilla, nube y parte de las estrellas. El pensamiento mítico moldea y rige el comportamiento social de los seres humanos, pero además interviene la interpretación de los sueños, los presagios, el canto de las aves, la lectura de la coca, los pagos a la *pachamama*, a los lagos y lagunas. Todos estos rasgos culturales condicionan tanto la psicología personal como colectiva de las comunidades humanas. La tradición oral, los relatos real maravillosos, oníricos y cosmogónicos, la lectura del universo, de la vía láctea, de las voces del viento, de la presencia de *anchanchos*, de las sirenas y condenados, permiten que la soledad cósmica sea asimilada sin tedio existencial ni metafísico. Pero los tres mundos: *jananpacha* (el mundo de arriba), *kay pacha* (la realidad cotidiana) y *uqupacha* (el mundo de adentro), están interrelacionados y unidos por una cosmopercepción que a la vez permite mitigar la pobreza social de siglos. Ese mismo sentido de unidad y diferencia territorial ancestral (es decir, con la aplicación del concepto de *tinku*), sustenta la división territorial en *suyus*: *Chinchaysuyu*, *Antisuyu*, *Kuntisuyu* y *Qullasuyu*. Hay un cordón

umbilical mítico cosmogónico que une a las partes divididas y a la vez dialécticamente inseparables. Los *apus* son personas vivas y actúan como intermediarios, tienen sentimientos humanos; amarguras, tristezas y alegrías, por lo que es preciso establecer con ellos una convivencia y armonía permanentes. Lo esencial es que no envejecen ni mueren nunca, de modo que la eternidad tiene un sentido cosmogónico.

Como dice Rodolfo Sánchez Garrafa, en su reciente libro titulado: “*Apus de los cuatro suyos*”. “Las mitologías de los *apus* del Sur andino fijan su fisonomía en amplios paisajes sacralizados, donde los hombres establecen relaciones entre sí y constituyen maneras de vincularse con sus respectivas deidades. En el Sur se ve cómo las gentes se vinculan con los *apus* mayores, considerados como origen y destino de los humanos, lo cual ocurre precisamente en *Awsangate* y *Mallmanya*. Este traslado, ahora, hacia el extremo Norte del Chinchaysuyo prehispánico, propicia el encuentro con los *apus* de carácter mucho más localizado, cuya relación con los humanos se da en términos específicos. En primera instancia, se percibe que hay una jerarquía de *apus*: en el Sur los *apus* mayores dominan un espacio supraregional y son considerados ancestros epónimos de los pueblos que les rinden culto, mientras que en el Norte —que se muestra muy vinculado a la costa— se desarrolla una concepción o percepción del espacio más segmentado y por cuencas”.

Entonces, Ricardo Palma recoge un valioso testimonio que tiene ahora plena vigencia en referencia a la ideología andina, la antropología, la etnología y la dialéctica frente a la muerte y funerales de la filosofía occidental impuesta. Los caciques de las comunidades de *Yanahuara*, *Huansa* y *Carampoma*, así como todos los comuneros enterrados vivos, prefirieron marchar serenamente hacia la *manqa pacha* o *ukhu pacha* para encontrarse con los padres creadores y vivir para siempre.

El hecho de que los comuneros visiten la cueva donde fue bloqueado vivo el cacique de *Yanahuara*, así como el lugar donde fueron enterrados vivos los comuneros, significa que se ha convertido en una *waqa*, en un *apu* para la cultura andina, que permite el renacimiento de todos dentro del tiempo sideral, donde todo cambia y se transforma. Por esa razón, esta tradición de Ricardo Palma pertenece a la cosmoconcepción andina, a la dialéctica sideral, y por eso el cacique de Yanahuara y los comuneros del Huarochirí están vivos después de haber viajado mucho y llegado finalmente al *janaq pacha* al *alaj pacha*, donde no envejecerán nunca.

Todos se han convertido en protectores siderales de sus pueblos, ellos son ahora la lluvia que fecunda la *pachamama*, el viento que mueve los trigales, el agua de los manantiales, el rumor de los ríos y voces del mar. Son la vida que se transforma, el tiempo cósmico y la fuerza infinita que mueve el universo.